

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 136.—1.º de Noviembre de 1875.

*Dios es caridad. (San Juan
Epist. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Doña E. C. de Q.: gracias una vez mas por su constante solicitud y caridad inagotable: la ropa usada, que usted envia por despedida, se aplicará como las otras á los necesitados, que habrán de echarla de menos para lo sucesivo, pero cuyas bendiciones servirán de salvaguardia á los viajeros, á quienes deseamos feliz llegada, que les facilite tambien la continuacion de sus beneficios.

Doña C. de la V. C. de T., que asimismo con tanta asiduidad se ocupa de los desgraciados, cuente con la gratitud de los socorridos merced á los 192 rs. que nos envia.

EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

Gracias por las hilas que han enviado, á:

Doña E. M. de R. y sus hijas.

Doña E. M. de G.

Los párvulos de Chamberí.

Una Señora que calló su nombre.

LOS BANCOS POPULARES.

Con este título se ha publicado recientemente en Málaga un folleto, escrito por D. Nicolás Muñoz Cerisola, ventajosamente conocido ya por otros trabajos literarios, llenos de pura doctrina y del mejor deseo para mejorar la condicion de las clases pobres.

Acogemos siempre con gusto y hasta con entusiasmo todo lo que tiende á este objeto, y por eso hemos leído con placer y reco-

mendamos con interés el folleto del Sr. Muñoz, el cual solo tiene un defecto; ser corto.

Para los pobres, y aun para muchos que no pasan por tales, el préstamo es objeto muy digno de estudio, porque suele convertirse en una necesidad, de que nadie puede creerse libre. Desde el banquero opulento ó el rico propietario que pide millones, hasta el pobre jornalero que empeña una pieza de ropa para obtener dos pesetas, todos pueden verse en la precision de recurrir á un empréstito. En efecto, el que no tiene cubierto con recursos permanentes su presupuesto de gastos inevitables, se ve obligado á buscar un préstamo; pero esta obligacion es mas imprescindible y abrumadora cuando, viviendo con presupuesto nivelado y con la administracion mas juiciosa y económica, viene á desnivelarlo un gasto imprevisto y extraordinario, como enfermedades, viajes, carrera de los hijos, re-dencion del servicio militar, casamiento de las hijas, negocios des-graciados, ó abusos de confianza por parte de personas que nos la merecian completa.

En tales casos, el pueblo apenas conoce mas que dos recursos: el Monte de piedad, ó las garras despiadadas del usurero.

Lo primero es una institucion en extremo benéfica, y que nunca será bastante alabada; pero el Monte exige naturalmente garantía, y el pobre puede no poseer otra, mas que la de sus ropas y efectos que sirven para préstamos muy pequeños.

En cuanto al usurero, es una ruina para el que cae en sus manos, porque lo crecido de los intereses apresura la perdicion al pobre, en vez de salvarle.

Verdad es que hay otros medios de encontrar préstamos á un módico interés, cuales son el Banco de España y el mismo Monte de piedad y otros establecimientos ó particulares que hacen este beneficio con la garantía en papel del Estado; pero esto, utilísimo para quien lo posee, de nada sirve para el pobre, que solo tiene la garantía de su trabajo y de su honradez.

A llenar, pues, este vacío tiende el proyecto de los Bancos populares, institucion muy conocida ya en Inglaterra, Alemania y otros paises. Se reduce á una sociedad mercantil por acciones de corta cantidad y pagados en plazos, que presta con módico interés y sin mas garantía que el importe de las mismas acciones, ó la fianza de dos personas que sean socios del Banco ó tengan notoria responsabilidad.

Esto llena dos objetos muy útiles y viene á ser como una caja de ahorros y de préstamos á un mismo tiempo. En efecto, tomando una ó mas acciones del Banco, se invierte el caudal sobrante ó econo-

mizado en una imposición productiva, lográndose sacar al dinero un interés legítimo y contribuir á un objeto filántropico. Además, el accionista, en el mero hecho de serlo, tiene opción á un préstamo hasta el importe de sus acciones ó de la parte pagada de ellas; de modo, que una sola cantidad le sirve de capital productivo y de préstamo reintegrable.

En cuanto á los beneficios que esto proporciona á los que necesitan el recurso de un préstamo y no tienen garantía cotizabile para obtenerlo, resultan evidentes, y pueden ser la salvación de honradas familias, que, teniendo precisión de un adelanto de fondos y voluntad y medios de reintegrarlo á su tiempo, se ven privadas de este medio salvador por falta de valores que puedan hipotecar.

Bien comprendemos que, desgraciadamente, en España todo lo que sea hablar de bancos y sociedades para recibir imposiciones y hacer productivas las economías, inspira una desconfianza instintiva y fundada, por los desastres que tales sociedades han tenido, causando la ruina de muchas familias, pues llamándose de previsión, de seguridad, de economías ó de formación de capitales, han dado el resultado enteramente opuesto á estos títulos tan seductores.

Sin embargo, un Banco popular, con las condiciones antes indicadas, en que todo lo manejasen los mismos socios; en que ninguno pudiera reunir muchas acciones para no ejercer una supremacía absorbente; en que no hubiese el aliciente de grandes ganancias, sino una modesta y segura y el estímulo de contribuir á hacer bien á los pobres; en que hubiese prohibición terminante de aplicar los fondos á otro objeto, aunque lo acordase así la mayoría de los accionistas; y en que todo se escribiese y se publicase para evitar sospechas y acallar desconfianzas; una sociedad con estas y otras análogas bases, parécenos que serviría para estimular los hábitos de economía y remediar grandes necesidades.

Además, que esto no es una utopía generosa é irrealizable, lo demuestra el estar realizada ventajosamente en otros países. Según los datos consignados en el folleto del Sr. Muñoz, el primer Banco popular se estableció en Escocia en 1850 por iniciativa de Mr. De-litzsch, y desde entonces se han fundado ya otros 2409.

Sería, pues, de desear que se hiciese un ensayo de esto en España. Con tales instituciones y con otras semejantes, y no con doctrinas perturbadoras de una imposible igualdad social y de una estúpida guerra al capital, es como se mejora la situación de las clases trabajadoras, mucho más si preside en todos los que poseen mucho y los que tienen poco ó nada, un espíritu de cristiana é ilustrada caridad.

Antonio Guerola.

EL MILAGRO DE LA VIDA.

Nos hemos acostumbrado á llamar milagro tan solo á lo que lo es realmente; es decir, á la alteracion de las leyes de la naturaleza por virtud de la intervencion divina.

Pero, aunque esto sea realmente milagro, preciso es convenir en que, á veces, en la marcha normal de esas mismas leyes de la naturaleza hay algo que encierra tal perfeccion, que basta á que se lo considere como un prodigio incomprensible y de carácter milagroso.

Uno de esos fenómenos, que todos experimentamos y que sin embargo pasa desapercibido, es el de la conservacion de la salud. La cosa nos toca tan de cerca, nos interesa tan preferentemente á todos, que bien merece dediquemos algunos momentos á examinarla.

Aunque el hombre ignora, y probablemente ignorará siempre, en que consiste la esencia de la vida humana; qué es lo que pone en movimiento el mecanismo funcional de nuestro cuerpo y por qué cesa bajo el influjo de ciertas afecciones, no ignora ciertamente, porque se lo ha enseñado la ciencia del médico y la práctica del anatómico, que nuestro cuerpo es una máquina, no solo de perfeccion esquisita, sino de tal complicacion de funciones y delicadeza de órganos, que solo se concibe que subsista algunos años sin deterioro, reconociendo una Providencia omnipotente, que lo defiende de los infinitos peligros y agentes nocivos que parece debieron acabar, y en breve tiempo, con la salud mas robusta.

Recorramos en efecto ese cuerpo, y por poco que nos fijemos en él, nos aturdirá el pensar cómo vivimos tantos años.

Principiando por la cabeza, residencia de la inteligencia, allí está la masa cerebral, de donde irradian los nervios, que son los agentes por medio de los cuales el alma, señora del cuerpo en donde está encerrada, recibe las sensaciones externas y comunica los actos de su voluntad. Esos nervios, cuya esencia y modo de obrar se desconoce, pueden sufrir trastornos en sus funciones; esa masa cerebral es tan importante, que nada puede penetrar en ella impunemente: si al impulso de una agitacion moral estremada ó de una lesion violenta, llega á penetrar en ella una cantidad de sangre mayor de la necesaria, sobreviene el derrame cerebral, que es una muerte instantánea, ó la parálisis, que es el anuncio de una muerte segura.

En la parte anterior de esa misma cabeza tenemos los ojos y los

oidos, órganos interesantes para los dos sentidos mas importantes, pero órganos tan delicados, que asombra cómo resisten á las influencias que están afectándoles continuamente y que pudieran y debieran destruirlos.

Sigue luego el pecho: allí se verifica el paso de la sangre por los pulmones, que produce la respiracion y que es un especie de contador ó termómetro de la vida. Ese paso es un movimiento incesante desde que nacemos hasta que llega la muerte. Respirar es vivir. ¿Cómo no se gasta ó se entorpece ese movimiento tan esencial para la vida? ¡Ah! algunas veces se gasta; se daña el pulmon y viene la tisis mortal; se acorta la respiracion, y viene el asma; pero esto, que prueba la facilidad de que suceda, no es general á todos los hombres, como parecia debiera temerse.

Dentro del pecho está tambien el corazon, órgano asimismo esencial á la vida: en él no hay lesion leve; si, por efecto de fuertes afecciones morales, se pierde el equilibrio entre el corazon y la cavidad en que funciona, la hipertrofia ó el aneurisma matan instantáneamente.

Viene despues el estómago, donde se elabora la materia nutritiva y alimenticia, donde se verifican esas admirables transformaciones químicas á fin de que cada órgano tome la parte que necesita para llenar sus funciones y no perezca por inanicion. ¿Quién dirige esas portentosas operaciones? ¿Cómo se esplica que las muchas afecciones que pueden dañar al estómago y al vientre, no sean mas frecuentes y generales.

¿Quién regulariza y conserva músculos, tendones, venas, arterias, huesos y conductos, que deberian averiarse con poco tiempo de ejercicio?

Además, sin concretarnos á un órgano determinado, ni descender al exámen de otra multitud de enfermedades locales, hay algunas generales, terribles, que atacan misteriosamente la vida en su esencia: tales son, entre otras, el cáncer, que corroe cuanto alcanza, una vez aparecido en el cuerpo, y la gangrena, que vicia la sangre, convirtiendo en veneno de la vida lo que, en estado ordinario, es su principal sosten.

Este es nuestro cuerpo; cárcel de un alma que no perece, obra perfecta de Dios, no solo por su organismo sino por su misma debilidad, que hace prodigiosa su conservacion. Un golpe cualquiera un soplo de viento, un alimento mal digerido, una simple impresion moral, bastan para enfermar y reducir á la impotencia al que aparece como orgulloso rey de la creacion.

Tener, pues, salud, cuando tantos peligros inevitables hay de per-

derla á cada momento, es una especie de milagro diario, comprensible tan solo, reconociendo, como hemos dicho y como es consolador creer, una mano omnipotente que crió al primer hombre, y conserva luego toda su descendencia, dentro del período de vida asignado á cada criatura.

¿Y se aprecia la salud propia como se merece? ¿Se compadece la enfermedad ajena como era natural hacerlo? Creemos que no; en esto, como en otras muchas cosas, el hombre, acostumbrado á gozar de los dones de la Providencia, parece disfrutarlos como por derecho propio, y olvida que cada respiracion de su pecho es un aliento de vida que le sostiene y podria facilísimamente faltarle.

En comparacion de la salud y de la enfermedad, nada son, ó son cosa baladí, las venturas ó desventuras de la vida moral ó material. El pobre sano no cambiará ciertamente sus andrajos y su miseria por la opulencia seductora, pero triste, del rico enfermo y herido de muerte; al paso que éste envidia á veces, con harta razon y sentimiento, la robusta vitalidad del mendigo.

Y si esto es una verdad, que nadie negará ciertamente, ¿no deberemos sacar de ella, para nuestro propio perfeccionamiento y para el bien de los pobres, consecuencias y consideraciones importantes? Sí, podemos en verdad considerar:

Que el pobre que goza de salud, que ve, oye, siente, respira, digiere y duerme con perfecta regularidad, tiene en este beneficio una compensacion, no despreciable y muy propia de la justicia distributiva de Dios, respecto á las miserias y privaciones de su situacion; sin perjuicio de la compensacion mayor que le espera en la otra vida inmortal.

Que el que tiene salud, sea pobre ó rico, debe saber apreciarla, para dar gracias á Dios porque se la concede, y para compadecer á los que la han perdido.

Que si el pobre tiene por principal compensacion de sus males, en esta vida el beneficio material de la salud; es doblemente desdichado cuando la pierde y mucho mas acreedor á nuestra compasion.

¡Pobre y enfermo!.... ¿Cabén mas desventuras? Solo puede agravarlas la desesperacion impía que blasfema, en vez de resignarse.

Si, pues, el que sufre privaciones y penas debe escitar los sentimientos compasivos de sus semejantes, mucho mas debe interesarnos el que á esos sufrimientos morales añade los físicos, representados por la falta de salud. Al gozar del prodigio milagroso de una vida tan amenazada siempre, y que resiste sin embargo tanto tiempo á los elementos que contra ella pudieran fácilmente conjurarse, pensemos

en los que no disfrutaban ese beneficio y están en lecho de dolor, precursor quizás de su lecho mortuario.

Antonio Guerola.

UN CURA DE ALDEA.

I.

Corría el invierno de 1828.

En un pueblecito de la diócesis de Lyon (Francia) vivía un joven sacerdote recién ordenado, encargado de la cura de almas. Afable y bueno con todos, sus consejos y su caudal se hallaban siempre á disposición de los infelices. Rogaba á Dios y amaba á los hombres, siendo de aquellas hermosas almas que dicen: «Levantar las manos es muy bueno, pero es todavía mejor abrirlas.»

En muchas circunstancias había demostrado que la amenidad en el trato no siempre suele ser indicio de debilidad de carácter.

No pocas veces se había visto obligado á defender los derechos de la parroquia contra las usurpaciones del Consejo municipal; y como se trataba de sus ovejas, el buen pastor había logrado, conciliándolo todo, atraerse una general simpatía.

Jamás emprendían cosa alguna los habitantes de aquel oscuro rincón de Francia, sin que fuesen á consultar á su párroco.

Podía asegurarse que él era en la aldea el abogado, el notario, el arquitecto, el médico y hasta el escribano.

El era quien llevaba la correspondencia de su pequeño reino, en el que apenas si había quien supiese leer los Evangelios en gruesos caracteres.

—¡El Sr. Cura, se decía en dos leguas á la redonda, es el primer padre de los pobres y el segundo hijo de Dios!

II.

Febrero tocaba á su fin.

El invierno había sido rudo.

Las montañas se hallaban cubiertas de nieve.

El valle semejaba un inmenso velo blanco, bajo cuyos hilos dormían sepultadas las esperanzas de todo un año.

Los pobres que todos los días veían llegar á sus chozas al Cura, le decían continuamente:

—Pedid á Dios por nuestros campos, Sr. Cura. Si el hielo no desaparece, se perderá toda la simiente.

A lo que el Cura respondia:

—Tened confianza, amigos mios: Dios hace bien todo lo que hace.

«Dios hace bien todo lo que hace.» He aquí toda la lógica de su corazon, toda la elocuencia de su talento. Y constantemente repetia este adagio, que, aunque escrito por un autor profano, no deja de ser una buena y santa palabra.

Una mañana, la vieja y única campana de la aldea empezó á llamar á los vecinos al despuntar la aurora.

Al oír el clamoreo de rebato, sobresaltados todos, salian de sus chozas, preguntando en su turbacion qué parte del pueblo era presa de las llamas.

Pero la campana no tocaba á fuego, sino á otro mal mucho mas terrible y devastador.

Al fuego se le combate, se le hace frente, se le corta; pero no era el fuego, sino el agua, que sube, que bulle, que se desparrama, y rompe los diques y las barreras; la inundacion, que se precipita desenfrenada á través de los montes y los valles, nivelando las colinas, minando los fuertes muros, y arrastrando los árboles y las casas al empuje irresistible de sus olas desencadenadas..... la inundacion!

La mitad del pueblo se hallaba ya cubierto de agua cenagosa. Caballos, vacas y carneros sobrenadaban relinchando, mugiendo y baltando, arrastrados con sus establos y pesebres por el torrente de aguas, cuya presencia nadie habia podido adivinar.

El buen Cura, que habia pasado la noche á la cabecera de un enfermo, fué el primero en acudir al peligro. Gracias á su entereza y sangre fria, se pudo calmar el pánico, se organizaron los auxilios, y á los pocos momentos una compañía de trabajadores maniobraban maravillosamente bajo las órdenes y direccion del Párroco.

III.

De pronto un grito horrible sale al mismo tiempo de todas las bocas.

El torrente furioso, inclinándose un poco, acababa de precipitarse sobre una choza que se hallaba aislada.

En un momento el agua la bañó hasta el techo, y en lo mas elevado de este apareció una mujer, medio desnuda, arrastrando dos niños, uno de los cuales todavía era de pecho.

Y el agua continuaba subiendo, subiendo con la mayor rapidez.

El torrente, como irritado por la resistencia, arrastró los débiles muros de la choza construida sobre arena.

Ya la base habia desaparecido, y los barrotes y la argamasa se veian sobrenadar precipitados en medio de las múltiples y encontradas corrientes de aquel borrascoso oceano.

Nadie se atrevia á aventurarse en aquel golfo, en que cada remolino aguardaba un sér que devorar.

Sin embargo, Jacobo el herrero, conocido por su fuerza y su valor, habia tentado por tres veces dirigirse á nado en auxilio de la pobre familia..... pero otras tantas veces hubo que tirar de la cuerda á que iba atado, para en caso de inmersión.

Otros dos, el barquero Pedro y el guarda-monte Ivon, tambien se arrojaron, pero sin conseguir abordar la choza.

Y el agua seguia subiendo.

Dos minutos mas, y la madre y los niños serían tragados por el remolino.

IV.

En esto óyese el galope de un caballo; todos se vuelven; es el Cura que aparece montado en la jaca torda que todos los domingos le prestaban en la granja para ir á decir la segunda misa al anejo de la parroquia.

Rápido como el pensamiento, lanza el fogoso bruto á las ondas. Rodéanlo estas por todas partes. Lucha el buen Párroco animando á la jaca. Las espumas le cubren. No pocas veces se le ve desaparecer debajo de las nuevas corrientes.

Por último, llega á la techumbre: pero cuatro personas es demasiado peso para una jaquita en medio de las aguas, que á poco le arrastrarian al fondo. Hará dos viajes. Toma en sus brazos los dos niños, que en su abnegacion maternal le alargaba la pobre mujer, y vuelve bridas hácia la orilla.

Pero el peligro se aumenta, porque las aguas van creciendo.

Por último, al cabo de unos momentos de terrible angustia, los deposita en la orilla.

Todos los espectadores quieren detenerle, al ver la muerte segura que le aguarda, pues el torrente brama ya de una manera espantosa.

En vano: de un salto hace volver grupas á la jaca, murmurando: «Rogad por mí. ¡Dios hace bien todo lo que hace!»

Hombres y mujeres, niños y ancianos caen de rodillas rogando al cielo por el pastor, que, abrasado de caridad, desprecia su vida por salvar la de su oveja.

Pero sus ojos no se elevan al cielo, sino que siguen en dolorosa angustia al buen sacerdote, que lucha con las olas en su heróico ardimiento.

Un fuerte ruido suena en medio de aquel turbulento mar. La techumbre en que se alzaba la mujer, es arrastrada por el molino, y húndese la pobre madre.

Un grito sale de todas las bocas.

Pero las manos del cura asen los cabellos de la infeliz, y llega con ella á la orilla, donde la entrega, cayendo él tambien en el suelo, cubierto de fatiga y lleno de emoci3n, repitiendo por lo bajo: «Dios hace bien todo lo que hace.»

La admiraci3n, la gratitud y el entusiasmo de todos rayó en delirio.

Desde aquel dia el Cura fué un héroe, más todavía, se le miró como á un santo. Realmente, no se equivocaban.

No sabiendo cómo darle una prueba de su agradecimiento y de lo mucho que le amaban, idearon un medio tan extraño como nuevo.

Pocos dias despues se reunia el pueblo para votar los oficiales de la nueva compaía de zapadores-bomberos, y el nombre de aquel ser tan querido sali3 de la urna cívica.

El Cura fué nombrado por unanimidad capitan de bomberos.

V.

Admirado el sacerdote de tal eleccion y manifestando que no podia avenirse la sotana con el casco, la barba, el sable y el hacha, todos los electores respondieron que el sub-prefecto vería cómo arreglarlo, porque ellos de ninguna manera admitirian la renuncia.

Formóse el expediente, y remitido á la administraci3n, llegó, como era uso, al ministerio del interior.

Grande fué la-risa que produjo en las mesas todas la noticia de tan original eleccion, y el gefe no pudo por menos de ir á referir tan extraño caso al mismo ministro.

Este tambien soltó la risa, y queriendo dar un buen rato al Rey, se personó en su cámara.

En dos ó tres dias no se habló en palacio mas que de la eleccion del capitan de bomberos.

VI.

Al mes, hechas las competentes informaciones, firmaba el Rey Carlos X el nombramiento del Cura como coadjutor del Sr. Obispo de Nancy.

En esta dignidad fué vivo ejemplo de todas las virtudes.

En la actualidad el pobre Cura de la aldea inundada y capitan

de los zapadores-bomberos, es uno de los hombres mas influyentes en la iglesia de Francia, por su vastísima ciencia y reconocida virtud.

Si vais allá alguna vez y quereis conocerle, no teneis mas que preguntar por el Cardenal Donnet, Arzobispo de Burdeos.

(Traduccion de El Gólgota, de las Palmas.)

UN ESCRITO DEL DOCTOR LANDA.

En la acreditada Revista *La Defensa de la Sociedad* se ha empezado á publicar, con el título de *Muertos y heridos*, un largo artículo, ó principio de varios artículos, debido á la pluma del inspector de Sanidad militar D. Nicasio Landa.

Conocidas nuestras simpatías por todo lo que se refiere al socorro de los heridos en campaña y á la atenuacion de los males de la guerra, no se estrañará la emocion con que hemos leído esas excelentes páginas del doctor Landa, que sentimos no poder, por su mucha estension, insertar íntegras en la muy reducida de esta REVISTA.

Son cuadros históricos de luchas ocurridas en la guerra actual de Navarra, á los cuales da mas interés la circunstancia de que el autor ha sido actor en esas sangrientas escenas.

Lo que ahora se ha publicado, se refiere al combate de Oroquieta, ocurrido el 4 de mayo de 1872, ó por mejor decir, á las consecuencias de ese hecho de armas, porque el autor no es un historiador estratégico de la guerra, sino un cronista de sus tristes resultados de sangre. El Sr. Landa, tan ventajosamente conocido en España y en el estrangero como uno de los iniciadores de la institucion de la Cruz Roja, no solo es un valeroso militar en el campo de batalla, que cura y asiste á los heridos en medio de una lluvia de balas, sino que, cuando escribe, es un literato distinguido y un poeta de corazon y de sentimiento, inspirado siempre por su objetivo predilecto, que es la caridad.

Todo su relato es interesante; copiaremos solo algunos párrafos, para que nuestros lectores formen una idea de él. Despues de referir el combate de Oroquieta, añade:

«¡Terrible noche para los que huian dispersos por las angostas veredas de los montes..... pero mas terrible aún para los que yacian heridos entre las breñas! Lo primero que se hizo fue recoger cuantos estaban cerca, y el general Moriones me prometió que en cuanto amaneciera enviaria á los húsares de Pavía para explorar todo el contorno..... En efecto, hasta la media noche estuvieron trayéndome heridos, y con efusion inefable del alma contemplé á nuestros

»pobres soldados que, rendidos de fatiga, todavía arrostraban la tem-
 »pestad para recoger y traer sobre sus hombros, lo mismo al com-
 »pañero que al carlista herido con quien poco antes se batian con fu-
 »ror. ¡Qué grande, qué hermoso es el corazón del soldado! ¡Cuán
 »fácil escitar los mas nobles sentimientos en los que reunen á la
 »fuerza del hombre la sencillez del niño!

»Veo que la suerte de las armas se ha decidido por nosotros: so-
 »mos los vencedores; el trofeo de la victoria nos agobia; pero me
 »acuerdo de aquella frase tan singular de lord Wellington: *Lo mas*
 »*triste que hay, á no ser la derrota, es la victoria.* Y si esto era verdad
 »en Waterlloo, donde la victoria era contra extranjeros, ¡cuánto mas
 »lo sería en Oroquieta, donde vencidos y vencedores eran compa-
 »triotas!

»Es que en mi pobre hospital estoy contemplando el siniestro re-
 »verso de las medallas triunfales de la guerra: aquí no se alza otro
 »himno á la victoria, que los gritos desgarradores del dolor y el fú-
 »nebre estertor de la agonía. En medio del silencio de la noche no
 »se oyen mas que ayes suplicantes, dolientes quejas, que se escapan
 »de los labios de estos cuarenta infelices acostados sobre la paja y en
 »el duro suelo. Mi inteligencia se apura en pensar qué podré hacer
 »para consolarlos, y se estrella ante la suprema ley de la miseria.
 »En el pueblo no ha quedado nada, absolutamente nada que apro-
 »vechase pueda; no hay manta para nadie, y á los infelices que
 »tiemblan de frio, es preciso cubrirlos con una capa de heno: ni hay
 »agua, ni caldo, ni vasijas.

»La benemérita Guardia Civil viene en mi auxilio, trayéndome
 »una gallina y seis tazas, que es toda la volatería y toda la vasija
 »que existe en la aldea, donde por la mañana han comido 3.000 hom-
 »bres..... Podemos hacer caldo..... El único vaso que hay sirve al-
 »ternativamente para dar agua y para contener las bebidas anti-es-
 »pasmódicas ó astringentes que del botiquin preparamos. Pero toda-
 »vía hicieron mas aquellos cuatro guardias con su veterano sargen-
 »to: olvidando la fatiga del combate, negros por el humo de la pól-
 »vora, sentados en la puerta con el fusil entre las piernas, se dedi-
 »caron á la tarea de desfilachar una camisa que de repuesto llevaban,
 »para venir al poco rato á ofrecerme en cuatro puñados de hilas el
 »tributo mas conmovedor que la caridad puede ofrecer en la guerra.
 »Aquellos bravos guardias, honra de su instituto y del ejército, pro-
 »baron que sabian ganar á un mismo tiempo la cruz de San Fernan-
 »do y la de Beneficencia.....»

Mas adelante, al describir de una manera conmovedora la apari-
 cion de la primera ambulancia de la Cruz Roja, procedente de Pam-

plona, en aquel campo de batalla para socorrer y recoger los heridos, hace preceder el relato de esas heroicas tareas con reflexiones sobre la crueldad intransigente de las guerras antiguas, y con un elocuente párrafo sobre esa Cruz Roja, tan mal apreciada por algunos ilusos. Dice así:

«Pero el Convenio de Ginebra habia sido la luz que habia disipado en nuestro siglo esas tinieblas de la barbarie, restableciendo la luz cristiana y facilitando la imitacion del samaritano; habia ya ondeado á uno y otro lado del Atlántico en las últimas guerras una bandera nueva, que no era la de ningun beligerante y era de todos, que no era de ninguna nacion y era de todas, la bandera neutral, la bandera del universo, la del género humano: bandera blanca, emblema de paz, con cruz, y cruz roja, símbolo de la Redencion y del sacrificio; y á la sombra benéfica de ese lábaro de bendicion, se habian levantado en todos los ámbitos del mundo civilizado legiones sagradas que iban al campo de batalla, no á dar la muerte, sino á dar la vida; no á destruir, sino á conservar; no á matar, sino á salvar, proclamando, contra todos los gritos de guerra, el grito santo de paz y fraternidad universal. Para esos hombres no hay diferencia de razas, de nacionalidades, de banderas, de partidos, de religiones; basta ser hombre para ser hermano; profesan la caridad, el amor, y van á afirmarla en medio de la guerra para matar la guerra.....»

«Tambien habia en España, tambien existia en Navarra un cuadro, un núcleo de esa legion sagrada de la Cruz Roja, que, aunque corta todavia, habia llevado su bandera con la de las naciones neutrales á la gran campaña de las orillas del Rhin y del Sena. Y si la seccion navarra habia volado para socorrer á sus hermanos de Germania y de Francia, ¡cómo no habia de auxiliar á los de su propia tribu, á los navarros!»

El relato del doctor Landa concluye con la entrada del convoy de heridos liberales y carlistas en Pamplona, y con una santa palabra, nueva y desconocida hasta hace poco en el severo tecnicismo militar. Al llegar á las puertas de la ciudad, el centinela da el consabido grito:

—¿Quién vive?

—España, contestan los hermanos de la Cruz Roja.

—¿Qué gente?

—*La caridad.*

¡Oh! ¡Permita Dios que ese santo y dulce grito reemplace, siempre que sea posible, á los que inspira el odio de nacionalidades y partidos, ó la ira de los combatientes!

Antonio Guerola.

EL TEATRO.

Nuestros lectores se equivocarían grandemente si, al ver este epígrafe, creyeran que, constituidos en severos é intransigentes moralistas, vamos á clamar contra el teatro y á sacar tristes consecuencias del desarrollo creciente que toma esta afición, y de las sumas cuantiosas que gasta el público en los diez y ocho teatros que hay abiertos en Madrid, número, relativamente á la poblacion, mayor que el de los que funcionan en París, ciudad del placer, y en Lóndres, ciudad de la riqueza.

Materia habria, en efecto, para comparar dolorosamente esa facilidad de gastar en el teatro, hasta el punto de haberse pagado á ocho duros las butacas del teatro Real en la noche de su apertura en esta temporada, con la abundancia de familias pobres y lo poco generalizado que está el gastar para socorrerlas.

Pero comprendemos que el público tiene necesidad de ciertos esparcimientos y diversiones, y ninguna quizás mejor que la del teatro. Comprendemos tambien que, á diferencia de otros espectáculos, el teatro es ó puede ó debe ser escuela y ejercicio de un arte útil y agradable, que conviene fomentar en todo país civilizado en que se rinda culto á lo bello, en el sentido puro y estético de esta palabra. Finalmente, no desconocemos que la concurrencia al teatro es un acto público, y el ejercicio de la caridad lo es reservado; de modo que á los que frecuentan el teatro no se les puede, solo por esta circunstancia, calificar de egoistas ó poco caritativos, sin esponeerse á incurrir en injustos errores.

En prueba de ello añadiremos que hace pocas noches veíamos en un palco del nuevo y elegante teatro de la *Comedia* á una dama principal de la aristocracia española, rodeada de una especie de corte oficiosa de familia y amigos, pareciendo entregada á los goces propios de su opulenta posición. Pues bien; si acaso hubiéramos oído á nuestro alrededor alguna crítica de aquel lujo por espíritu de envidia ó de intolerante preocupacion, hubiésemos podido decir al crítico, porque nos consta y es verdad, que aquella distinguida señora, que lleva un título ilustre en la historia de España, emplea personalmente en obras de caridad mas tiempo del que pasa en el teatro, y gasta en socorrer á los pobres diez veces mas, quizá, de lo que le cuesta el abono del palco.

Tiene además el teatro la circunstancia de que, si bien se presta á excesos indignos del arte y de la moral, si bien se han visto en sus

tablas las desenvolturas cínicas del *can can*, la esposicion de vicios y crímenes presentados con seductoras apariencias y las insulsas necedades de algunas zarzuelas y piezas cómicas, que quieren ser graciosas y solo son grotescas, en cambio hay otras representaciones dramáticas que, por su argumento, por su lenguaje y por su buen desempeño, son verdaderas y provechosas enseñanzas que ilustran el entendimiento, conmueven el corazón é inspiran buenos sentimientos.

Sugiérenos esta idea el haber visto estos días en el mismo teatro de la *Comedia* una en dos actos, titulada *Corazones de oro*, obra del fecundo escritor D. Luis Mariano de Larra, á quien solo conocemos por sus excelentes escritos y que de seguro no esperaria una crítica benevolamente justa de su obra en las columnas de un periódico, como este, tan ageno al teatro.

Ver los *Corazones de oro* equivale á oír un excelente sermón de moral, á leer un libro instructivo sobre ciertas miserias de la vida y á pasar un rato de alegre solaz y de emociones de exquisita ternura. Larra, en efecto, ha tenido el talento, por medio de buenos actores, hábiles intérpretes suyos, de hacer reír y llorar; de recrear el ánimo con gracejos y situaciones cómicas del mejor género; de conmover al mismo tiempo el corazón con cuadros interesantes, que arrancan furtivas lágrimas aun á espectadores de temperamento flemático.

Es además una comedia, cuyo primer acto, puesto en otra forma, podria figurar como excelente artículo en LA VOZ DE LA CARIDAD, con mucha honra para la misma. Hay allí, en efecto, una representación gráfica de la vida de unos obreros que viven en boardilla, gente laboriosa, sencilla; en que salen á relucir sus miserias valerosa y alegremente soportadas, sus goces disfrutados de una manera envidiable, sentimientos buenos, caracteres sencillos, situaciones simpáticas, corazones de oro, en fin, porque el título de la comedia está perfectamente aplicado. Y por encima de todo este cuadro de honrada pobreza y de puras costumbres, aparece la figura interesante de una huérfana rica, fingiéndose pobre y viviendo como los pobres para descubrir la índole y verdaderos sentimientos de aquellos obreros, y saber si uno de ellos es digno de la felicidad y de cierta gran fortuna que le prepara en cumplimiento de una deuda sagrada de gratitud.

Cuando los periódicos y las gentes recomiendan que se vaya á ver los *Corazones de oro* porque es bonita, nosotros hacemos coro á esa recomendación, no porque sea bonita, aunque lo es mucho en el sentido que suele darse á esta palabra, sino porque es útil y es

conveniente ver perfectamente presentados y representados en la escena esos cuadros de pobreza y de caridad, de los cuales no puede llevarse el espectador mas que convicciones buenas para el entendimiento y emociones tiernas para el corazon.

Antonio Guerola.

LOS TRES AMIGOS.

(Poesía de Juan de Herder.) ()*

Un hombre tenia tres amigos; á dos de ellos queria mucho; el tercero, aunque era el mejor, le era indiferente.

En una ocasion le imputaron un delito y fué aplazado ante los tribunales.

¿Cuál de vosotros, preguntó á sus amigos, querrá venir conmigo á atestiguar en mi favor y defenderme?

El primero de sus amigos se disculpó diciendo que sus quehaceres no se lo permitian.

El segundo le acompañó hasta la puerta del Tribunal, y allí le dejó.

El tercero, el mas desatendido, entró con él, le defendió y abogó por él con tanto calor, que el juez le absolvió.

Tres amigos tiene el hombre en este mundo: ¿cómo se portan con él cuando Dios le llama á su divino Tribunal? El dinero, que es su mas querido amigo, es el primero que le deja; su familia y allegados le acompañan hasta el sepulcro y se vuelven á sus casas; el tercer amigo, que ha sido el mas desatendido, es sus buenas obras, que le acompañan hasta el trono del Supremo Juez, abogan por él, le defienden y alcanzan misericordia.

Fernan Caballero.

(*) A pesar de haberse publicado varias traducciones de esta poesia, reproducimos la presente, hecha espresa y directamente del original para *El Folletin de Málaga*.